

Jesús Gardea

La palabra y sus mundos

Liliana Pedroza

Nacido en 1939 en Delicias, Chihuahua, Jesús Gardea incurrió en las letras cuando publicó el libro de cuentos Los viernes de Lautaro, en 1979. Su prosa, contenida y detallista, con dotes muy acusadas para la percepción sensorial, creó un espacio literario en el que los personajes parecen llevar en su temperamento la desértica geografía chihuahuense.

Las sombras están de pie junto a las paredes, deslumbradas y mordidas por la resolana. Los tres árboles que hay en la calle soportan mal el furor de agosto. El calor casi los hace arder. Sus ramas rechinan como puertas viejas. Juan Zamudio, como vino al mundo, ve y oye todo esto. Ya se sabe de memoria el verano.

JESÚS GARDEA

LA MEMORIA

Hay un recuerdo de infancia que regresa por periodos, de manera aleatoria, como un conjunto de imágenes aisladas del resto de esa etapa. No sé con precisión qué lo hace regresar, qué palabra lo llama y lo instala delante de mí como si se tratara de un proyector antiguo, de diapositivas arrojadas a la pared de una sala a oscuras donde no hay nadie más que yo. En ese recuerdo no hay sonidos, ni siquiera porque veo a mis padres conversar en la parte delantera del auto o porque sospecho el ruido de las llantas sobre el asfalto irregular de la carretera. La imagen más nítida proviene de la ventanilla de atrás de un Chevrolet del 79, color rojo quemado —lo sé por unas fotografías que guardamos—. Estamos cruzando el paisaje de Chihuahua a Ciudad Juárez. O viceversa.

Entre 1984 y 1986 fue la época en que más veces recorrimos juntos la travesía silenciosa de un lugar a otro. Habíamos vuelto a vivir a Juárez —era mi segunda ocasión, pero la primera mudanza de la que yo tengo memoria—. De manera rigurosa, en cada viaje nos levantábamos de madrugada, con las primeras luces del día. Somnolientos, mi hermano y yo debíamos rumiar alguna queja aunque supiéramos que había que ganarle una batalla al sol, la de las horas más calientes dentro del carro, la de los rayos que deslumbran en el vidrio delantero o los que quemar por su insistencia en un costado u otro. A mitad de trayecto nos sabíamos vencidos pues el sol nos hacía transmigrar de sitio en los asientos traseros o colocar improvisadas cortinas con alguna sudadera que en las primeras horas había hecho de almohada. El recuerdo, ya dije, no tiene sonidos. Tiene la mirada del amplio paisaje del desierto —llano, amarillo—, de las horas calladas repasando un lugar, que, de niña, serían todos los lugares. En ocasiones el recuerdo tiene también la sensación trepidante del coche al resistirse a salir del camino, empujado por un viento intenso; ese mismo que hacía mover el mapa del desierto al desplazar, a través de capas finas, la arena del Samalayuca.

Dicen que el desierto no es paisaje ni es nada, sino un territorio vacío entre lo ocre y el azul del cielo. Deben decirlo los viajeros que no saben mirar, los que no tienen tiempo de que los temple el sol en verano o el viento frío en invierno, ese clima que sólo conoce los extremos, que es un sí o un no austero, sin rodeos, como la forma de ser de sus habitantes. Pero el Desierto Chihuahuense —ese que atraviesa desde Arizona y baja por México hasta San Luis Potosí— por su biodiversidad es tan rico como la Amazonía. Su exuberancia, fraguo, debe encontrarse en sus subterfugios, en la mirada atenta de lo sutil y escurridizo, en lo que crece y permanece silencioso, casi imperceptible, secreto. Quienes no son del desierto no pueden conocer su nostalgia. La del deseo de sol cuando se es forastero en ciudades lluviosas o

glas, su soledad. No es casual que el carácter de quienes viven allí sea serio, sobrio, silencioso como el paisaje. El calor o el frío imponen sus modos de habitar.

Por eso, quizá, mi recuerdo no tiene sonidos. El silencio me atrae, me relaciona íntimamente con lo que veo. Muchas veces estoy yo nada más frente a la ventana del auto y el paisaje se mueve.

EL REINO EN QUE SE HABITA

Jesús Gardea nació en Delicias en 1939, seis años después de su fundación. Población algodонера que desde sus inicios trabó contiendas con la sequía. Crecieron juntos poblado y hombre. Infancia y parte de la adolescencia del escritor. Luego, al separarse —pues Gardea viviría estancias cortas en Querétaro, Ciudad de México, Guadalajara, finalmente para radicar en Ciudad Juárez—, Delicias sería imaginado en lontananza y tendría otro nombre: Placeres. Jesús Gardea estudió odontología, profesión que abandonó después de la publicación de su primer libro, uno de cuentos, en 1979, llamado *Los viernes de Lautaro*. Pero Placeres, nombrado de ese modo, no aparecería en este ni en ninguno de sus relatos. Sí en sus novelas. Nombrado o no el paisaje al que recurre Gardea es el mismo, un lugar inventado para poder echar a andar a sus personajes entre el sol más fiero —el de mediodía— y el terreno árido y hostil donde lo único que es capaz de crecer es el silencio y la soledad.

La escritura de Jesús Gardea corresponde al mundo que recrea, al habitante del desierto. Su lenguaje es sobrio, contenido y nos hace avanzar lento por el relato como la larga espera de la caída de la tarde un verano cualquiera. Su sencillez es engañosa porque está llena de imágenes. De rebuscamientos. De misterios. Sus historias son una misma historia siempre. El repaso de lo que le aturde o le persigue. El hombre enfrentado al paisaje. El exterior y el interior. Porque el hombre, para Gardea, también es un desierto.

“El escritor tiene la prerrogativa de limitar su propio ámbito, de marcar los límites de su reino”, dice Carson McCullers a propósito de la escritura de *El corazón es un cazador solitario*, en un principio llamado *El mudo*. Jesús Gardea lo sabe y por eso lo delimita, le proporciona características, rasgos definidos. Su reino no proviene sólo de lo real sino de lo real inventado —de la memoria—, por eso no tiene nombre o cuando lo tiene no corresponde a ningún lugar geográfico. El reino de Gardea es inhóspito, apesadumbrado, aislante. El número de sus personajes es reducido; las conversaciones entre ellos parcas, mínimas, incluso casi no deseadas por ellos. Lo que da sentido al relato es esa relación del protagonista con su entorno: las temperaturas extremas, la aridez. Y en ese vínculo de uno con otro, la supervivencia.



la búsqueda de atardeceres destellantes de rojos y púrpuras vivos que sólo son posibles de volver a mirar, con asombro renovado, al regreso.

El desierto, por su extensión y sus temperaturas extremas, separa, aísla. Por eso entre las ciudades del norte nos encontramos tan poco. Estamos en pequeñas islas apartadas. Allí cada quien conforma su mundo, sus re-

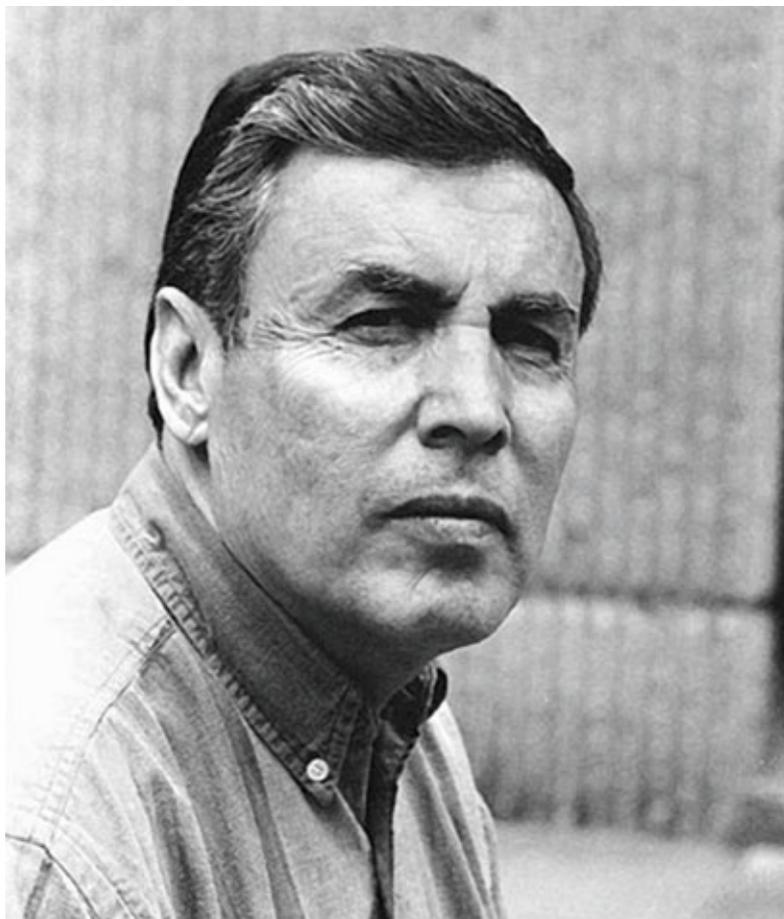
Si el paisaje y el clima condicionan, la personalidad de los personajes de Jesús Gardea tiene el factor común de ser silenciosa, reservada, rotunda, con sobriedad al hablar. Desde fuera parecen seres extraños, de naturaleza áspera aunque no lo sean. Uno tiene que dejarse adentrar al reino de Gardea y ser paciente lector para observar lo que secretamente sucede, lo que va poblando sus historias, porque sus cuentos tienen raíz en otros asuntos literarios. A primera vista, esa extrañeza en los personajes los aísla del resto, los incomunica. Su rasgo de rareza viene de golpe a través de los nombres: Candelario Bamba, Juan Zamudio, Lautaro Labriza, Nazaria Riquelme, Anastasio Madrid, Blas Candumo, Ángel Nacienceno, Píndaro García, Mimbelino, Ocaranza. Luego viene por medio de esa incapacidad para relacionarse con sus pares. Porque su relación más íntima es con el paisaje y el sol que los lastima (“El sol mete el azufre, Gutiérrez; en la luz que respiramos. ¿No se ha dado usted cuenta?”), los aturde (“El sol se tendía a morir en pleno llano, como una bestia reventada; la hierba recibía su cuerpo, y no había el beneficio de las sombras refrescantes, piadosas, que preceden otros soles en otros lugares”) o deja ateridos de frío por su ausencia (“Las sombras suelen ser otra cosa, dicen. Un reverso del sol, mil veces peor que el sol mismo”).

En apariencia en sus relatos no ocurre nada, no existe una fuerza contraria que tense sus historias más que la lucha constante de sobrevivir en el desierto. Y sus finales, sobre todo en su primer libro *Los viernes de Lautaro*, son precipitados, casi bruscos. Gardea se cansa de contar y calla. A otra cosa. Ensayo de nuevo a contar algo. Lo obnubila el sol. El calor ralentiza la escritura: “el calor hincha el aire y me aplasta y me sofoca. Es un sapo de lumbré”. Sus personajes muestran el tedio de un día y otro exactamente igual con el sol a cuestas, la sed, el letargo. Lo miran de reojo y repiten despacito: Allí está otra vez Gardea, cómo chinga.

EL AMOR ES UN SUAVE VERANO

Si bien para Jesús Gardea el desierto es la soledad y el aislamiento, el hombre solitario frente a sus circunstancias, la mujer representa ese mismo desierto pero dulcificado. Ella es la primavera en lugar del verano y su fatigosa canícula, es todos los árboles ausentes y también la brisa que los hace mecer, es el retraso de la nieve. En Gardea el clima es más que un estado del tiempo, es un estado de ánimo de sus personajes. Cuando el paisaje toma tal tratamiento se puede encontrar al Gardea más poético. Así como en “Las primaveras”, un relato con juego de luces y sombras, sol y resolana. Un hom-

bre va a una casa para comprar un sillón. Lo recibe una mujer mayor, soltera. El sillón de mimbre que es antiguo y ha permanecido por cuatro décadas a la intemperie ha resistido a los embates del tiempo, igual que la mujer. Los rayos del sol le dan amigablemente, no altera su rostro trigüeño, sino que la vuelve seductora ante



Jesús Gardea

el hombre que la mira en la sombra. El sol hace arder sus deseos. Él no sabe qué hacer, ha ido a comprar un sillón, a hacer negocios; ella también, pero de otra forma, entonces toma la iniciativa.

En Gardea, la ausencia del amor puede verse representada en los paisajes extremos como la sequía, las lluvias intensas o incluso la nieve. Climas excesivos que aíslan aun más a sus personajes y los hacen crecer en la hondonada de su melancolía. En “De alba sombría”, Efraín vuelve a su pueblo de origen, ha vuelto del mundo “enfermo. Lloroso. Malo del corazón”. Es el relato de días lluviosos, desasosegados. Efraín es acompañado por dos adolescentes. La abuela de las muchachas las envía cada tarde para que el hombre se recupere de su nostalgia. Efraín las mira, una es el reverso de la otra. “Palмира, la de los saludos, la del agua chispeante en la superficie, sí; pero Alba, la de las breves llamaradas en la sombra”. Efraín tiene una cierta atracción hacia ellas, hacia sus misterios. Afuera se desata la lluvia, pero las muchachas son como un campo de alfalfa en un día so-

leado. Como en “La orilla del viento”, cuando un personaje, Gutiérrez, describe a la mujer con la que ha estado. Su interlocutor no le cree, es un desvarío lo que cuenta, un sueño. Gutiérrez la evoca.

Tiene una trenza de trigo macizo —respondí—. La lleva delante. Le cruza por los montecitos como un río de oro. Y el río baja y va y se embebe en el ombligo. Pero no todo. Algo de sus aguas se derrama y alcanza los pinos rubios y la honda cañada. La muchacha conoce la lluvia; las humedades que salvan. La tarde en que la conocí, llovía sobre sus hombros. Pero había sol. Y viento fresco. Y sonaba el bosque.

En “Ángel de los veranos”, en un campo desolado, un escritor ayuda a su vecino a rescatar las palomas que han quedado atrapadas después de un vendaval. Es invierno y el clima es inhóspito, estéril; la nieve cubre el paisaje. No hay nada que hacer más que resguardarse en casa. El protagonista espera el regreso de Nebde, la mujer que partió antes de que llegara el invierno. Incluso, para él, es precisamente esa ausencia lo que provoca la llegada de la fría estación. En Gardea no hay personajes físicamente extraños, pero ese ensimismamiento —casi autista— del personaje y su relación con su entorno enrarecen el ambiente. Los dos hombres solitarios apenas se hablan. Sus diálogos son ceñidos por la necesidad de uno y la cortesía del otro. El silencio del escritor es la nostalgia de lo perdido, del anhelo por la recuperación del suave verano que es ella. El intento de rescate de las palomas bajo la nieve se relaciona con la recuperación de la mujer a través de los recuerdos. En el cielo, también el sol pelea por abrirse paso entre nubes densas. El frágil temblor de la única paloma viva es como la leve agitación del amor (“Palmira tiene una jaula de palomas latiendo debajo de la blusa”, dice Gardea en “De alba sombría”). El vecino acurruca el ave entre sus manos y le da calor, enternecido. El escenario de nieve es tocado por los rayos del sol que relumbra triunfante. En tanto el hombre, vuelto en su melancolía, evoca un recuerdo poderoso, que también le trae calor y regocijo en medio del frío. “Comencé a respirar árboles: todos los árboles del verano y todos los otros que yo había visto y amado antes en mi vida. Respiré la hierba completa de la tierra y no sé cuántos siglos de sol intenso”. “Ángel de los veranos” es una historia melancólica pero esperanzadora. El hombre está seguro de la vuelta de Nebde. Con su aparición el sol regresará y volverán todos los veranos.

Entre los personajes de Jesús Gardea, se encuentra el anhelo de otras inmensidades. No de mar sino de bosque. Si en “Ángel de los veranos” el olor y la brisa de los árboles es la representación más nítida de la mujer y el amor, en “Las puertas del bosque” este territorio miste-

rioso será la aventura y “el amor extraviado por los paisajes”. El narrador y Píndaro se conocieron de la manera más inadecuada, en una biblioteca solitaria, Píndaro interrumpiendo al otro con sus apreciaciones sobre ilustraciones de revistas. El narrador, que no es capaz de leer por las intromisiones, huye de Píndaro, pero este le persigue. Después de varios encuentros el narrador entiende el encantamiento del personaje por los bosques. Esta es una narración que acecha el riesgo de leer —no bien palabras, sí imágenes—; pues las revistas de geografía eran las puertas hacia los bosques por donde caminaba el personaje. “Yo vivo en esos bosques. Los he andado, sin ausentarme nunca de aquí”. Con el transcurrir de las tardes en la biblioteca, narrador y personaje traban amistad. Cada descanso en la lectura, uno de los libros y el otro de las revistas, se encontraban. A Píndaro le costaba el regreso a la biblioteca tras cerrar un ejemplar, cada sesión era una excursión por esos paisajes. “¿Cuánto caminó hoy, en lo que va de la tarde?”, le preguntaba. Píndaro reparaba en mí. Me decía: ‘Caminé brevemente. Unos metros. Siguen estando oscuros los bosques. Aparte del aroma a resina, yo no recojo otra cosa que fatiga, que desaliento: usted ve cómo vuelvo’”. Su curiosidad lleva a respirar los paisajes reales, por ello abandona el pueblo y se marcha a Estados Unidos. Su amor por los árboles le remite dicha pero también una emoción contradictoria, la del miedo a morir fuera de allí, de lo que ama, por eso Píndaro apresura su muerte.

LA PALABRA, LOS MUNDOS

Lenta, meticulosa, la escritura de Jesús Gardea se construye sobre lo breve profundo. Es difícil avanzar rápido en la lectura porque sus imágenes van ganando territorio y exigen tiempo para que maduren dentro de la imaginación del lector. Como Píndaro tras sus bosques, uno deja que sea el desierto sin puertas lo que se extienda sobre nosotros.

Leí de nuevo a Gardea a mitad de un verano en Madrid. Aquí el calor es semejante al de Chihuahua, creo que esa es una de las razones por las que me siento en casa. Cerré el tomo de *Reunión de cuentos* y salí. Bajé la cuesta que va a la parada de autobús con el desierto todavía en los ojos. Soy una isla, pensé, sintiéndome distinta al resto de los transeúntes. Una duna que se desplaza a ráfagas de viento, me corregí con la corriente de aire del autobús en marcha. Allí estaba de nuevo la ventana, el paisaje, mi propio paisaje, moviéndose desde un Chevrolet rojo del 79. **u**

Fragmento del libro colectivo *El sol sobre los ojos. Conversaciones sobre el norte literario*. Ficticia/Instituto Chihuahuense de Cultura, México/Chihuahua, 2014, 130 pp.